

III. ORACIÓN Y CONFIANZA

«Una tarde salí de mi oficina en Nueva York, con un viento amargamente frío en mi rostro. Llevaba conmigo, (según pensaba) mi bufanda gruesa y abrigadora, pero cuando procedí a abrocharme contra la tormenta, descubrí que ya no estaba. Di la vuelta, miré a lo largo de las calles, busqué en mi oficina, pero en vano. Me di cuenta, entonces, de que debía haberla dejado caer, y oré a Dios para poder encontrarla; porque tal era el estado del tiempo, que habría sido correr un gran riesgo continuar sin ella. Miré, de nuevo, de arriba a abajo por las calles circundantes, pero sin éxito. De repente, vi a un hombre al otro lado del camino sosteniendo algo en su mano. Crucé y le pregunté si esa era mi bufanda. Me la entregó diciendo: "El viento la sopló hacia mí". Aquel que cabalga sobre la tormenta, había usado el viento como un medio para responder la oración.» — WILLIAM HORST.

La oración no está sola. No es un deber aislado ni un principio independiente. Vive en asociación con otros deberes cristianos, está unida a otros principios, es compañera de otras gracias. Pero con la fe, la oración está indisolublemente unida. La fe le da color y tono, moldea su carácter y asegura sus resultados.

La confianza es la fe convertida en absoluta, ratificada, consumada. Hay, cuando todo se ha dicho y hecho, una especie de aventura en la fe y en su ejercicio. Pero la confianza es creencia firme, es la fe en plena floración. La confianza es un acto consciente, un hecho del cual somos sensibles. Según el concepto bíblico, es el ojo del alma recién nacida y el oído del alma renovada. Es el sentimiento del alma, el ojo espiritual, el oído, el gusto, el tacto — todos estos tienen que ver con la confianza. ¡Cuán luminosa, cuán distinta, cuán consciente, cuán poderosa, y más que todo, cuán bíblica es tal confianza! ¡Cuán diferente de muchas formas del pensamiento moderno, tan débiles, secas y frías! Estas nuevas fases de creencia no traen conciencia de su presencia, ningún «gozo inefable y glorioso» resulta de su ejercicio. Son, en su mayor parte, aventuras en las incertidumbres del alma. No hay confianza segura y firme en nada. Toda la transacción tiene lugar en el reino del Quizá y del Tal Vez.

La confianza, como la vida, es sentimiento, aunque mucho más que sentimiento. Una vida no sentida es una contradicción; una confianza no sentida es un nombre inapropiado, un engaño, una contradicción. La confianza es el más sentido de todos los atributos. Es todo sentimiento, y obra solamente por el amor. Un amor no sentido es tan imposible como una confianza no sentida. La confianza de la que ahora hablamos es una convicción. ¿Una convicción no sentida? ¡Cuán absurdo!

La confianza ve a Dios haciendo cosas aquí y ahora. Sí, más aún. Se eleva a una eminencia elevada, y mirando hacia lo invisible y lo eterno, se da cuenta de que Dios ha hecho cosas, y las considera como ya hechas. La confianza trae la eternidad a los anales y acontecimientos del tiempo, transmuta la sustancia de la esperanza en la realidad de su realización, y cambia la promesa en posesión presente. Sabemos cuando confiamos, así como sabemos cuando vemos, así como somos conscientes de nuestro sentido del tacto. La confianza ve, recibe, sostiene. La confianza es su propio testigo.

Sin embargo, con bastante frecuencia, la fe es demasiado débil para obtener el gran bien de Dios, inmediatamente; por lo que tiene que esperar en obediencia amorosa, fuerte, orante y perseverante, hasta que crezca en fortaleza, y sea capaz de hacer descender lo eterno a los reinos de la experiencia y del tiempo.

Hasta este punto, la confianza concentra todas sus fuerzas. Aquí se mantiene firme. Y en la lucha, el agarre de la confianza se vuelve más poderoso, y se apodera, para sí misma, de todo lo que Dios ha hecho por ella en Su sabiduría eterna y plenitud de gracia.

En el asunto de esperar en la oración, la oración más poderosa, la fe se eleva a su plano más alto y se convierte verdaderamente en el don de Dios. Se convierte en la disposición bendita y la expresión del alma que se asegura mediante un constante intercambio con Dios, y una incansable aplicación a Dios.

Jesucristo enseñó claramente que la fe era la condición sobre la cual la oración era respondida. Cuando nuestro Señor había maldecido la higuera, los discípulos se sorprendieron mucho de que su sequía realmente hubiera tenido

lugar, y sus comentarios indicaban su incredulidad. Fue entonces cuando Jesús les dijo: «Tened fe en Dios».

«Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho. Por tanto, os digo: Todo lo que pidiereis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá.»

La confianza no crece en ningún lugar tan fácil y ricamente como en el lugar de oración. Su despliegue y desarrollo son rápidos y saludables cuando se mantienen regular y debidamente. Cuando estos compromisos son sinceros, plenos y libres, la confianza florece en gran manera. El ojo y la presencia de Dios dan vida vigorosa a la confianza, así como el ojo y la presencia del sol hacen crecer la fruta y la flor, y todas las cosas se alegran y brillan con vida más plena.

«Tened fe en Dios», «Confía en el Señor» forman el tema central y el fundamento de la oración. Primariamente, no es confianza en la Palabra de Dios, sino más bien confianza en la Persona de Dios. Porque la confianza en la Persona de Dios debe preceder a la confianza en la Palabra de Dios. «Creéis en Dios; creed también en Mí», es la exigencia que nuestro Señor hace sobre la confianza personal de Sus discípulos. La persona de Jesucristo debe ser central, para el ojo de la confianza. Esta gran verdad Jesús buscó impresionar en Marta, cuando su hermano yacía muerto, en el hogar de Betania. Marta afirmó su creencia en el hecho de la resurrección de su hermano:

«Marta le dijo: Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día postrero.»

Jesús eleva su confianza por encima del mero hecho de la resurrección, a Su propia Persona, diciendo:

«Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en Mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Ella le dijo: Sí, Señor; yo creo que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que había de venir al mundo.»

La confianza en un hecho histórico o en un mero registro puede ser una cosa muy pasiva, pero la confianza en una persona vitaliza la cualidad, la fructifica, la informa con amor. La confianza que informa la oración se centra en una Persona.

La confianza va incluso más lejos que esto. La confianza que inspira nuestra oración debe ser no solo confianza en la Persona de Dios, y de Cristo, sino en su capacidad y voluntad de conceder lo que se pide en oración. No es solo: «Confíad en el Señor», sino también: «porque en el Señor Jehová está la fortaleza eterna».

La confianza que nuestro Señor enseñó como condición de la oración eficaz, no es de la cabeza sino del corazón. Es una confianza que «no duda en su corazón». Tal confianza tiene la seguridad divina de que será honrada con respuestas grandes y satisfactorias. La fuerte promesa de nuestro Señor trae la fe al presente, y cuenta con una respuesta presente.

¿Creemos, sin duda alguna? Cuando oramos, ¿creemos, no que recibiremos las cosas por las que pedimos en un día futuro, sino que las recibimos, entonces y allí? Tal es la enseñanza de esta inspiradora Escritura. ¡Cuánto necesitamos orar: «Señor, aumenta nuestra fe», hasta que la duda desaparezca, y la confianza implícita reclame las bendiciones prometidas, como tuyas propias!

Esta no es una condición fácil. Se alcanza solo después de muchos fracasos, después de mucha oración, después de muchas esperas, después de mucha prueba de fe. Que nuestra fe aumente hasta que nos demos cuenta y recibamos toda la plenitud que hay en ese Nombre que garantiza hacer tanto.

Nuestro Señor pone la confianza como el fundamento mismo de la oración. El trasfondo de la oración es la confianza. Toda la emisión del ministerio y obra de Cristo dependía de la confianza implícita en Su Padre. El centro de la confianza es Dios. Las montañas de dificultades, y todos los demás obstáculos para la oración, son removidos del camino por la confianza y su vigoroso compañero, la fe. Cuando la confianza es perfecta y sin duda, la oración es simplemente la mano extendida, lista para recibir. La confianza perfeccionada, es la oración perfeccionada. La confianza mira para recibir lo que pide — y lo obtiene. La confianza no es una creencia de que Dios puede bendecir, de que Él bendecirá,

sino de que Él bendice, aquí y ahora. La confianza siempre opera en el tiempo presente. La esperanza mira hacia el futuro. La confianza mira al presente. La esperanza espera. La confianza posee. La confianza recibe lo que la oración adquiere. De modo que lo que la oración necesita, en todo momento, es una confianza permanente y abundante.

Su lamentable falta de confianza y el consiguiente fracaso de los discípulos para hacer lo que habían sido enviados a hacer, se ve en el caso del hijo lunático, que fue traído por su padre a nueve de ellos mientras su Maestro estaba en el Monte de la Transfiguración. Un muchacho, tristemente afligido, fue traído a estos hombres para ser curado de su dolencia. Ellos habían sido comisionados para hacer este mismo tipo de trabajo. Esto era parte de su misión. Intentaron echar fuera el demonio del muchacho, pero habían fracasado rotundamente. El demonio fue demasiado para ellos. Fueron humillados por su fracaso, y llenos de vergüenza, mientras sus enemigos triunfaban. En medio de la confusión incidente al fracaso, Jesús se acerca. Se le informa de las circunstancias, y se le cuentan las condiciones relacionadas con ellas. Aquí está el relato subsiguiente:

«Entonces Jesús respondió y dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo acá. Y Jesús reprendió al demonio, y este salió del muchacho, y el niño quedó sano desde aquella hora. Y cuando Él entró en la casa, Sus discípulos le preguntaron en privado: ¿Por qué nosotros no pudimos echarlo fuera? Y Él les dijo: Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno.»

¿Dónde residía la dificultad con estos hombres? Habían sido negligentes en cultivar su fe mediante la oración y, como consecuencia, su confianza fracasó por completo. No confiaron en Dios, ni en Cristo, ni en la autenticidad de Su misión, ni en la suya propia. Así ha sido muchas veces desde entonces, en muchas crisis en la Iglesia de Dios. El fracaso ha resultado de una falta de confianza, o de una debilidad de fe, y esto, a su vez, de una falta de vida de oración. Muchos fracasos en los esfuerzos de avivamiento han sido atribuibles a la misma causa. La fe no había sido nutrida y hecha poderosa por la oración. La negligencia del lugar secreto es la solución de la mayoría de los fracasos espirituales. Y esto es tan

cierto en nuestras luchas personales con el diablo como lo fue cuando salimos a intentar echar fuera demonios. Estar mucho de rodillas en comunión privada con Dios es la única garantía de que lo tendremos con nosotros, ya sea en nuestras luchas personales, o en nuestros esfuerzos por convertir pecadores.

En todas partes, en los acercamientos de la gente a Él, nuestro Señor puso la confianza en Él, y la divinidad de Su misión, en el frente. Él no dio ninguna definición de confianza, ni proporciona ninguna discusión teológica de ella, ni análisis de ella; porque sabía que los hombres verían lo que era la fe por lo que la fe hacía; y de su libre ejercicio, la confianza crecía, espontáneamente, en Su presencia. Era el producto de Su obra, Su poder y Su Persona. Estos proporcionaban y creaban una atmósfera más favorable para su ejercicio y desarrollo. La confianza es completamente demasiado espléndidamente simple para una definición verbal; demasiado cordial y espontánea para una terminología teológica. La misma simplicidad de la confianza es lo que desconcierta a muchas personas. Miran a lo lejos buscando alguna gran cosa que suceda, mientras todo el tiempo «la palabra está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón».

Cuando la triste noticia de la muerte de su hija fue traída a Jairo, nuestro Señor intervino: «No temas», dijo con calma, «solamente cree». A la mujer con el flujo de sangre, que estaba temblando delante de Él, le dijo:

«Hija, tu fe te ha salvado; ve en paz, y queda sana de tu azote.»

Mientras los dos ciegos lo seguían, presionando su camino hacia la casa, Él dijo:

«Conforme a vuestra fe os sea hecho.» Y sus ojos fueron abiertos.

Cuando el paralítico fue descolgado a través del techo de la casa donde Jesús enseñaba, y fue puesto delante de Él por cuatro de sus amigos, está registrado de esta manera:

«Y Jesús, viendo la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, ten ánimo; tus pecados te son perdonados» (Mateo 9:2).

Cuando Jesús despidió al centurión cuyo siervo estaba gravemente enfermo, y que había venido a Jesús con la oración de que Él pronunciara la palabra de sanidad, sin siquiera ir a su casa, lo hizo de la manera siguiente:

«Y Jesús dijo al centurión: Ve, y como creíste, te sea hecho. Y su siervo fue sanado en aquella misma hora» (Mateo 8:13).

Cuando el pobre leproso cayó a los pies de Jesús y clamó pidiendo alivio: «Señor, si quieres, puedes limpiarme», Jesús concedió inmediatamente su petición, y el hombre lo glorificó con gran voz. Entonces Jesús le dijo: «Levántate, vete; tu fe te ha sanado» (Lucas 17:19).

La mujer sirofenicia vino a Jesús con el caso de su hija afligida, haciendo suyo el caso, con la oración: «Señor, socórreme», haciendo una lucha temerosa y heroica. Jesús honra su fe y su oración, diciendo:

«Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde aquella hora» (Mateo 15:28).

Después de que los discípulos habían fracasado por completo en echar fuera el demonio del muchacho epiléptico, el padre del joven afligido vino a Jesús con el clamor lastimero y casi desesperado: «Si algo puedes, ten compasión de nosotros y ayúdanos» (Marcos 9:22). Pero Jesús respondió: «Si puedes creer, al que cree todo le es posible» (Marcos 9:23).

El ciego Bartimeo, sentado junto al camino, oye a nuestro Señor mientras pasa, y clama lastimeramente y casi con desesperación: «Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí» (Marcos 10:47). Los oídos agudos de nuestro Señor captan inmediatamente el sonido de la oración, y dice al mendigo:

«Ve; tu fe te ha sanado. Y luego recibió la vista, y seguía a Jesús en el camino» (Marcos 10:52).

A la mujer que lloraba y se arrepentía, lavando sus pies con lágrimas y secándolos con los cabellos de su cabeza, Jesús le habla palabras de aliento que confortan el alma: «Tu fe te ha salvado; ve en paz» (Lucas 7:50).

Un día Jesús sanó a diez leprosos a la vez, en respuesta a su oración unida: «Jesús, Maestro, ten misericordia de nosotros» (Lucas 17:13), y les dijo que fueran y se mostraran a los sacerdotes. «Y aconteció que mientras iban, fueron limpiados» (Lucas 17:14).